

Rosa María Meyer Cosío

**Francisco Iturbe:
del comercio local a las finanzas nacionales,
1809-1861**

Introducción

A diferencia de los profundos cambios políticos que se experimentaron en México a raíz de su separación de la metrópoli, en el terreno económico continuaron existiendo muchas de las prácticas que habían caracterizado la actividad empresarial al final del periodo colonial. Desde luego ocurrieron varias transformaciones, pero éstas se fueron dando de manera gradual. Surgió un nuevo grupo de empresarios que, aprovechando la debilidad política y económica de los gobiernos independientes, lograron obtener mediante sus prácticas crediticias una serie de concesiones y privilegios que les permitieron acumular enormes fortunas. A este nuevo grupo pertenece Francisco Iturbe, un criollo nacido en el periodo de la guerra de Independencia y formado en el ámbito del comercio regional, que al establecerse en la ciudad de México, va incurriendo en nuevos sectores de la economía y participa de manera importante, no sólo en el mundo de los negocios, sino también en el complicado mundo político de esa época.

Ante la imposibilidad de consignar en este breve artículo la enorme variedad y complejidad de las actividades en que interviene Francisco Iturbe a lo largo de su carrera empresarial, nos limitaremos a describir con algún detalle los negocios emprendidos por su padre en la región de Michoacán, con el objeto de mostrar tanto el origen de la fortuna familiar como la importancia del adiestramiento y las relaciones que adquirió en su experiencia como comerciante regional. Estos antecedentes nos permitirán comprender mejor la manera en que se fue introduciendo en el complejo mundo de los negocios en la ciudad de México, etapa que abordaremos haciendo una descripción general de su participación en diversos sectores económicos y de la manera en que esto le permitió

ir acumulando una gran fortuna, en una época caracterizada por continuos disturbios políticos y crisis económicas que llevaron a la quiebra a varias casas comerciales que, en principio, contaban con mayores recursos y posibilidades de éxito.

Los orígenes

Francisco María Iturbe y Anciola, nació en 1808 en la ciudad de Pátzcuaro, perteneciente al obispado de Michoacán. Su padre, Francisco Antonio de Iturbe y Eriz, era un comerciante vasco que se había establecido en la región desde tiempo atrás y en ese momento ocupaba el cargo de regidor del Ayuntamiento y administrador de Rentas Reales (Ibarrola 1969: 23), mientras que su madre, María Josefa de Anciola, pertenecía a una de las familias más prominentes de Pátzcuaro.

Como se ha señalado en diversos estudios relativos a la época colonial, los inmigrantes españoles se dedicaban de manera preferente a las actividades comerciales y después de algún tiempo de haberse establecido, muchos de ellos contraían matrimonio con alguna criolla rica, cuyo padre por lo regular era originario de la misma provincia que el yerno. Este caso no fue la excepción, pues el padre de María Josefa, Juan José Anciola, era un vasco nacido en la villa de Berástegui, en la provincia de Guipúzcoa, quien había llegado a la Nueva España en 1770 y poco tiempo después se encontraba establecido en Pátzcuaro (Ibarrola 1969: 23), donde prosperó rápidamente y para 1773 ya formaba parte del Ayuntamiento de la ciudad, además de ser uno de los miembros fundadores de la Sociedad Vascongada de Amigos del País en la provincia de Michoacán, asociación que tenía entre sus objetivos principales el fomento de la educación y de la industria popular en la región y en la que participaron varias de las personalidades más importantes del clero y de las autoridades civiles (Cardoso Galié 1973: 132). Para el momento en que su hija contrajo matrimonio, él ocupaba el cargo de regidor ordinario y en la ceremonia fungieron como padrinos el regidor y alcalde provisional de Pátzcuaro, Agustín Barandiazán y su esposa,¹ lo que nos

¹ NPP, libro de matrimonios n.º 16, fol. 50v, 2 de febrero de 1808.

muestra que los Anciola eran una familia con importantes vínculos políticos en la región.

En lo que respecta a Francisco Antonio de Iturbe, natural de la villa de Vergara, también en la provincia de Guipúzcoa, no se trataba de un joven inmigrante recién llegado, pues aunque se desconoce la fecha en que se estableció en Michoacán, para este momento ya había contraído matrimonio en dos ocasiones. La primera fue con Manuela Isasaga, una criolla perteneciente a una familia de hacendados de la región de Uruapan (también en la provincia de Michoacán), con quien tuvo dos hijos, que fueron los herederos de los bienes de su madre cuando ésta murió. Sin embargo, ambos fallecieron siendo aún pequeños y la herencia recayó en Iturbe. Su segundo matrimonio fue con Nicolasa Huarte,² a quien suponemos emparentada con Isidro Huarte, uno de los comerciantes más importantes de Valladolid, capital de Michoacán, con quien Iturbe mantuvo relaciones mercantiles por muchos años, aun después de haber enviudado y vuelto a contraer matrimonio. Así que, para el momento en que nace Francisco María, su padre ya se encontraba bien establecido en Pátzcuaro donde, además de ocupar cargos públicos, tenía una casa de comercio bastante próspera.³

² AGNCM, notario Francisco Madariaga, 10 de dic. 1841, fols. 1136v-1137r.

³ Tanto Cristina Torales como John Kicza, en sus respectivos artículos sobre la familia Iturbe e Iraeta, llegan a conclusiones equivocadas sobre el parentesco y las relaciones de esa familia con la familia Iturbe Anciola. En Torales (1996: 77), la autora señala que Manuel de Iturbe e Iraeta, hermano de Gabriel, se casó con una hija de Juan José de Anciola, residente en Pátzcuaro y tuvo un hijo llamado Francisco, quien fue ministro de Hacienda. Es evidente la confusión entre Francisco Antonio de Iturbe y Eriz y Manuel de Iturbe e Iraeta, que aunque sí estaban emparentados eran sólo primos lejanos. En el caso de Kicza (1994: 437), el autor señala, sin ningún tipo de sustento, ni siquiera una nota a pié de página, que la carrera de Francisco María Iturbe fue patrocinada por Gabriel Manuel de Iturbe e Iraeta, de quien era pariente lejano y que su estrategia rindió magníficos dividendos a causa del éxito de Francisco María en el mundo de los negocios. No he encontrado, entre toda la documentación que he revisado sobre este último, ni una sola referencia que pueda asociarlo con Gabriel Manuel, mucho menos que permitiera pensar que él había influido en el éxito de su carrera. Como espero poder demostrar en este artículo, Francisco María debió todo su aprendizaje en asuntos comerciales y financieros a su padre Francisco Antonio y a la familia de su madre, con quien sí permaneció ligado y de quienes encontramos continuas referencias. Por último, quiero señalar que el Dr. Kicza comenta que Francisco era originario del Estado de

Para esta época –fines del periodo colonial– el obispado de Michoacán se ubicaba dentro de los mercados de mediana capacidad, con un desarrollo muy dinámico en casi todos los aspectos económicos y sociales. En lo que se refiere específicamente a Pátzcuaro, la composición mercantil sufre en este periodo un cambio significativo, ya que los productos de importación que representaban el 42,8% sobre el comercio total de la región en 1785 descienden a un 10,6% en 1805; mientras que los productos novohispanos muestran un incremento del 19,6% a 57,5% para los mismos años, siendo el comercio de los productos regionales el que registra el mayor aumento, al pasar del 11,6% a un 44,3%. En opinión de Jorge Silva Riquer (1994: 154), que fue quien realizó dichos cálculos, la explicación a este fenómeno puede radicar en la posible existencia de cambios en los patrones de intercambio y consumo, que obligaron a los comerciantes a privilegiar la introducción de artículos regionales sobre los de importación.

Aunque es en Pátzcuaro donde se registra el cambio más radical, este fenómeno está presente en todos los centros comerciales importantes de Michoacán, pues las guerras en que se vio involucrada España y sus consecuentes bloqueos navales, provocaron una disminución en la entrada de ciertos artículos de importación en los mercados michoacanos, que tuvo que ser compensada con productos novohispanos, al grado de cambiar radicalmente la composición del mercado, como se observa claramente en el caso de Pátzcuaro (Silva Riquer 1994: 157-158).

Para los comerciantes locales como Francisco Antonio de Iturbe, este cambio significó una importante ventaja, en la medida en que disminuyó su dependencia respecto a los grandes comerciantes del Consulado de la ciudad de México, les permitió una mayor libertad de acción y aumentó las ganancias al eliminar intermediarios. Al concentrar su actividad en los productos locales, Iturbe orientó buena parte de sus recursos a la especulación con productos agrícolas de la región.

La disponibilidad de dinero en efectivo que poseían los grandes comerciantes, los colocó en una situación favorable respecto al financia-

México, seguramente lo supuso por el hecho de haber sido gobernador de esa entidad por un breve periodo, pero lo que en realidad sucedía era que un propietario podía ser gobernador del estado donde estuvieran localizadas sus fincas y Francisco tenía todas sus haciendas en el Estado de México.

miento de los agricultores, ya que por medio de préstamos o adelantos sobre las cosechas, éstos se veían obligados a pagarles con la venta —muchas veces en forma exclusiva— de sus productos a un precio menor del valor que tenían en el mercado. De acuerdo con Margaret Chowning (1985: 160), esta práctica de dar adelantos en efectivo a cambio de las mercancías producidas por los agricultores era muy común en esa época y la ganancia obtenida por los especuladores era muy variable, pues aunque normalmente fluctuaba entre el 10 y el 40%, existían casos excepcionales en los que la ganancia era de un 270%, como lo muestran las especulaciones con algodón realizadas en 1809, aunque no se señalan los nombres de los comerciantes involucrados.

De cualquier manera, resulta significativo el hecho de que sea precisamente en ese año de 1809, cuando Francisco Antonio de Iturbe declare que tiene celebrada una compañía con Isidro Huarte para el giro de algodones, en la cual este último introdujo 2.000 pesos y las ganancias fueron de 29.316 pesos.⁴ Además, los adelantos no siempre eran en efectivo, como lo muestra el caso de Basilio Soberanis, dueño de varias haciendas en la jurisdicción de Zacatula, quien declara que por diversos efectos de comercio que ha recibido, debe a Iturbe y a Huarte —quien en ese momento era regidor alcalde provisional del Ayuntamiento de Valladolid— la cantidad de 8.000 pesos, misma que deberá pagar a Iturbe con algodón.⁵

A juzgar por las evidencias notariales, este algodón era vendido en diversas regiones como Querétaro, que era un centro importante de fabricación de telas de algodón.⁶ Así que el negocio resultaba más redituable, pues al no existir ningún intermediario entre los comerciantes y el productor, ni entre aquellos y el consumidor, las ganancias eran mucho mayores.

La guerra de Independencia, iniciada en 1810, fue especialmente violenta en las provincias de Michoacán y Guanajuato, afectando seria-

⁴ ANM, notario José María Aguilar, 28 de octubre de 1809, fol. 624v. Deseo expresar mi agradecimiento a la maestra María Teresa Huerta, quien gentilmente me proporcionó las referencias del ANM que aparecen en este trabajo.

⁵ ANM, notario José María Aguilar, 29 de mayo de 1809, fol. 269r.

⁶ ANM, notario José Antonio Marochio, 1808, fol. 398, y notario José María Aguilar, 1814, fol. 157r.

mente todas las actividades económicas. Los frecuentes enfrentamientos ocurridos entre los insurgentes y las tropas realistas para obtener el control sobre determinadas poblaciones, causaban innumerables daños y continua inseguridad entre sus habitantes. Valladolid, por ejemplo, se había manifestado en contra del gobierno virreinal, obligando a las autoridades a abandonar la población. Esta circunstancia fue aprovechada por los integrantes criollos del Ayuntamiento para tomar el mando de la ciudad, quienes teniendo como líder al regidor Isidro Huarte –hijo del antiguo socio de Iturbe– recibieron con todos los honores a los insurgentes capitaneados por Miguel Hidalgo, sin embargo, no pudieron evitar la masacre de españoles a manos del pueblo. Aunque en Pátzcuaro los líderes criollos también simpatizaban con los insurgentes, la población protegió a los peninsulares y evitó que fueran atacados por un grupo de indígenas (Ortiz 1996: 334-335).

A diferencia de otros españoles como Isidro Huarte, quien a decir de Carlos Juárez (1989: 69), no consideraba seguro permanecer en Valladolid y viajaba constantemente dejando sus negocios a cargo de su yerno Pascual Alzúa, a Iturbe parecía no afectarle mucho la situación y continuaba realizando sus actividades comerciales e interviniendo en la distribución de productos agrícolas.

En esta ocasión la Iglesia fue el conducto que le permitió tener acceso a dos productos de gran importancia, no sólo para el mercado regional sino de todo el virreinato: el añil y los dulces. Debido a la obligación en que se encontraban todos los agricultores de dar a la Iglesia la décima parte de los productos cosechados cada año –el famoso diezmo–, las autoridades eclesiásticas contrataban a quienes debían recaudarlo a cambio de una comisión del 8% sobre el ingreso cobrado. Sin embargo, a partir de 1770 las autoridades de la diócesis de Michoacán decidieron abandonar este tradicional sistema de cobro y adoptar el del arrendamiento a recaudadores particulares, quienes se comprometían a pagar una suma fija cada año por todo el tiempo que durara el contrato (Brading 1994: 243-244). Como el arrendamiento se hacía al mejor postor y la cantidad se fijaba por adelantado, no había mucha certeza sobre las ganancias que se podían obtener y hubo casos en que los ‘diezmatarios’ no pudieron cumplir con las condiciones pactadas (Chowning 1985: 105), pues el clero en Michoacán, después de 1810, sufrió la misma suerte que muchos particulares, cuyas fuentes de in-

greso se perdieron o disminuyeron considerablemente durante la guerra. En el caso de la Iglesia, los ramos que dependían de los diezmos fueron los más afectados, pues se enfrentaron con la caída combinada de la producción agrícola y de los precios, además de la imposibilidad de su colectación en las áreas de mayor conflicto (Chowning 1990: 470-471).

Sin embargo, para un comerciante con buenas relaciones, el arrendamiento del diezmo de determinados productos podía convertirse en un buen negocio y para 1818 encontramos a Francisco Antonio de Iturbe como diezmatario de los dulces de casi toda la cordillera de la región de tierra caliente, que era una importante zona productora de azúcar, y como colector del diezmo general de añil en todo el obispado, siendo su fiador para estos cargos Pascual Alzúa, el yerno de Isidro Huarte.⁷

Probablemente la producción de dulces se haya destinado al mercado regional, pero en el caso del añil se trataba de un producto de exportación muy apreciado (Silva Riquer 1994: 162), cuya comercialización debió producirle buenas ganancias, sobre todo si tomamos en cuenta que él se encargaba de su colectación en todo el obispado. Una prueba más de que este negocio resultaba redituable la encontramos en el hecho de que varios años después, en 1824, continúa administrando los diezmos, esta vez en los partidos de Coahuayutla y Zacatula, en sociedad con su cuñado Antonio Anciola. Además sigue ocupando cargos públicos y para ese momento es regidor del Ayuntamiento y administrador de correos de Pátzcuaro.⁸

A pesar de que la guerra no parece haber afectado mucho sus actividades económicas, una vez consumada la independencia la situación de los españoles que, como él, decidieron permanecer en el país, cambiaría sustancialmente. Los criollos pasaron a ocupar el primer plano en la política nacional y los peninsulares, ya sin la influencia y los privilegios que habían disfrutado durante la época colonial, tuvieron que enfrentar las consecuencias del fuerte sentimiento antiespañol que se había desatado en diversos sectores de la sociedad.

El pueblo los odiaba porque veía en ellos el símbolo de la explotación de la que había sido objeto desde hacía tres siglos. Los criollos nacionalistas

⁷ ANM, notario José María Aguilar, 22 de julio de 1818, fol. 360v.

⁸ ANM, notario José María Aguilar, 8 de abril de 1824, fols. 392r-401v.

los identificaban con la clase privilegiada que los había mantenido relegados durante tanto tiempo, y la presencia y preeminencia de varios españoles en las actividades económicas del país constituía un insulto para quienes habían creído que, con la independencia, los españoles serían desplazados de todos los campos y ellos ocuparían el lugar que les correspondía (Meyer 1994: 220).

Además, la negativa de España de reconocer la independencia de México y sus intentos de reconquistar sus antiguas posesiones fueron utilizados por los grupos nacionalistas para convencer a la población de que los españoles representaban un peligro para la integridad nacional y debían ser expulsados.⁹ El primer ataque formal en su contra se dio en 1827, cuando el Congreso aprobó una ley que suspendía de sus empleos a todos los españoles. Se esperaba que esta medida calmara los ánimos de los sectores más descontentos, sin embargo, a muchos no les pareció suficiente y comenzaron a realizar actos violentos en su contra, entre los que se cuenta la asonada de Cristóbal Mexic “[...] quien, con treinta hombres, asaltó en Pátzcuaro la tienda del español Francisco Iturbe” (Flores Caballero 1969: 121).

Aunque muchos españoles se vieron obligados a abandonar el país debido a las leyes de expulsión, el rigor de éstas se vio en cierto modo disminuido por las numerosas excepciones que se concedieron, las cuales se podían lograr por decreto de alguna de las cámaras del Congreso, por impedimento físico perpetuo o temporal, por ser hijo de americano o mediante un acuerdo del ejecutivo. Sin embargo, para conseguir la excepción por cualquiera de estas instancias era necesario tener buenas relaciones políticas y sociales, o bien estar dispuesto a gastar una buena cantidad de dinero para sobornar a los médicos encargados de los dictámenes por impedimento físico (Meyer 1994: 221). En el caso de Francisco Antonio de Iturbe parece que contaba con ambas cosas, puesto que fue exceptuado por dos instancias –por acuerdo de la Cámara de Senadores y por impedimento físico perpetuo– al mismo tiempo (Arri-llaga 1836: 277-316).

⁹ Para una visión más completa sobre la expulsión se pueden consultar: Sims (1974; 1982) y Flores Caballero (1969).

Una vez lograda la excepción, las cosas parecieron volver a tomar su cauce normal y para 1830 aún continuaba arrendando los diezmos de Coahuayutla y Zacatula en sociedad con su cuñado. Para ese momento su hijo mayor, Francisco María, debió haber estado bien entrenado en los negocios de su padre, pues era el único que estaba en condiciones de trabajar a su lado y aprender el oficio, ya que después de él sus padres habían procreado cinco hijas y sólo al final había nacido otro varón, Victoriano, quien era todavía muy pequeño —tenía 5 años—, además de que nunca mostró ninguna inclinación por la carrera comercial.¹⁰ Por el contrario, Francisco María parece haber demostrado desde muy joven su capacidad para los negocios, puesto que para 1830 su tío Antonio Anciola, quien también se dedicaba al comercio, lo nombra como uno de sus albaceas, junto con su hermano Juan Ignacio Anciola.¹¹

No contamos con información que nos permita conocer los motivos que impulsaron a Francisco María a abandonar Pátzcuaro para establecerse en la ciudad de México. Probablemente se trató de una decisión familiar ocasionada por el temor de que en una ciudad pequeña, como lo era Pátzcuaro, su padre pudiera ser agredido más fácilmente en caso de que volvieran a surgir nuevos ataques contra los españoles, o tal vez se debió a que el ámbito del comercio regional le resultaba ya demasiado estrecho.

La asociación mercantil

Probablemente fue una combinación de varios factores, el hecho es que en 1831 decide establecer una casa de comercio en la capital del país, lo que por cierto no era una tarea sencilla, pues requería de dinero suficiente y de buenas relaciones. Así que, para no arriesgar demasiado en un principio, Iturbe prefiere asociarse con otros comerciantes y formar una compañía denominada Gómez, Iturbe y Cía. Esta negociación estaba integrada por cuatro socios, tres de los cuales aportaron el capital —Cayetano Gómez invirtió 40.000 pesos, Pascual Villar otros 40.000 y Francisco Iturbe 30.000— mientras que el cuarto socio, Felipe García,

¹⁰ Testamento de Francisco Antonio de Iturbe, ver nota 2.

¹¹ ANM, notario Emeterio de Iturbide, 11 de marzo de 1830, fol. 35v.

sólo debía aportar su trabajo. En la escritura de formación de la compañía se señala que, tanto Gómez como Villar y García, tenían ya pensado formar esta sociedad y que cuando Iturbe lo supo les pidió participar en ella. Como Gómez y Villar manifestaron expresamente que no deseaban intervenir en la dirección de la empresa, ésta quedaría al cuidado exclusivo de Iturbe y de Felipe García. De esta manera el capital total de la compañía sería de 110.000 pesos y las utilidades o pérdidas se dividirían por igual entre los cuatro socios.¹²

Este tipo de compañías eran muy comunes desde la época colonial, pues permitían a los socios capitalistas diversificar sus inversiones y a los industriales acumular el capital necesario para fundar su propio negocio (Kicza 1986: 122-124). En este caso, los otros dos socios capitalistas eran comerciantes bastante importantes. Pascual Villar se dedicaba a las actividades financieras y hacía préstamos con altísimas tasas de interés, por lo menos es lo que se infiere del hecho de que en 1830 haya otorgado un préstamo de 150.000 pesos al gobierno de Zacatecas para financiar los trabajos de la empresa minera del Fresnillo, cobrando un interés del 30% anual (Cross 1976: 223), cuando la tasa permitida legalmente era del 6%. También para estos años lo encontramos asociado con Cayetano Rubio, otro importante agiotista español,¹³ en operaciones especulativas con el gobierno federal sobre los ingresos de las aduanas marítimas. Según los datos proporcionados en un informe oficial (Unzueta 1833: anexo 1), Villar ocupa el segundo lugar en cuanto al monto de préstamos otorgados —652.291,67 pesos—, los cuales, bajo las condiciones en que se pactó el negocio y según nuestros cálculos, le proporcionaron una ganancia de 125,9% sobre el capital invertido. Así que, según estas evidencias, no se trataba de un comerciante común, y el hecho de que no aparezca posteriormente dentro del grupo de los grandes especuladores de la deuda pública obedece a que murió muy poco tiempo después.

¹² AGNCM, notario Francisco Calapis, 14 de octubre de 1831, fols. 847r-851v.

¹³ Con este nombre eran conocidos generalmente quienes se dedicaban a prestar dinero cobrando altas tasas de interés. En la literatura de la época se les llama agiotistas a los empresarios que prestaban dinero al gobierno recibiendo a cambio ganancias fabulosas, ya fuera por concepto de réditos o por los negocios colaterales que hacían con el mismo gobierno.

En el caso de Cayetano Gómez, se trataba de uno de los comerciantes más importantes de Morelia (nombre que se dio a Valladolid después de la independencia), quien estaba casado con Dolores Alzúa, hija de Pascual Alzúa y nieta de Isidro Huarte (Chowning 1985: 155), ambos antiguos socios del padre de Iturbe, por lo que resulta evidente que fueron las relaciones regionales las que permitieron a éste entrar en dicha compañía. Como en la mayoría de los contratos de formación de compañías comerciales que hemos localizado para esa época, no se señala específicamente a qué tipo de comercio se piensan dedicar, y en cuanto a la duración de la sociedad sólo se indica que permanecerán “todo el tiempo que sus intereses y su buena armonía los mantenga ligados”.

Según parece los intereses comunes y la buena armonía duraron muy poco y la vida de la compañía fue breve ya que, habiendo sido creada en octubre de 1831, para enero de 1832 ya se encuentran separados de ella Pascual Villar y Felipe García. En el caso de este último, su retiro tan repentino tal vez se pueda atribuir a desacuerdos con Iturbe en lo referente a la administración del negocio, pues, según los planes originales, él debía ser el único que se encargara de esta tarea y el hecho de tenerla que compartir con uno de los socios capitalistas debió disminuir considerablemente su influencia en la toma de decisiones.

Desde este momento comenzamos a notar una tendencia que se repetirá frecuentemente a lo largo de la actividad empresarial de Iturbe: el ponerse siempre al frente y con una intervención directa y supervisión personal en los negocios en que participa. En este caso resulta lógico que haya querido encargarse personalmente del negocio para conocerlo y supervisarlo, pero después se observa la misma actitud en relación con sus inversiones en la minería, en la deuda pública o en la adquisición de fincas. Aunque a simple vista esto debería ser lo más común, no siempre ocurría así y muchos de los grandes comerciantes, ya fuera porque tenían otros socios o familiares dentro del negocio o porque encargaban parte de la administración del mismo a sus apoderados o representantes, preferían no participar en el mismo de una manera tan directa.

De cualquier forma, Iturbe y Gómez tampoco permanecen juntos por mucho tiempo, pues en agosto de 1834 se disuelve la compañía, quedando Iturbe al frente de la casa y pagándole a Cayetano Gómez 36.557 pesos como saldo del capital y las utilidades que le pertenecían

en la negociación.¹⁴ El hecho de que este saldo sea menor a la cantidad que Gómez había invertido inicialmente en la compañía —40.000 pesos— tal vez sea resultado de los fuertes gastos que implicaba establecer una negociación de este tipo y casi siempre había que esperar algunos años para comenzar a recibir utilidades. En el caso de Gómez la separación no parece haberse debido a dificultades con Iturbe, sino a su decisión de convertirse en hacendado, pues en 1838 termina de liquidar también su tienda de Morelia y aparentemente se retira de la actividad comercial (Chowning 1985: 157), lo que no impidió que siguiera manteniendo algunas relaciones con su antiguo socio.

A partir de este momento no volvemos a encontrar a Iturbe asociado con otros comerciantes más que para empresas específicas que requerían la unión de varios inversionistas —como por ejemplo las compañías mineras—, pero generalmente actúa de manera individual.

Como venía sucediendo desde la época colonial, la actividad comercial dependía en gran medida del crédito, por lo que las casas comerciales de cierta importancia debían involucrarse en diversas actividades financieras. En lo que respecta al otorgamiento de crédito, debemos distinguir entre el que se llevaba a cabo normalmente en las actividades mercantiles y que consistía en el aprovisionamiento a crédito de ciertos artículos a otros comerciantes y en las cuentas que se establecían entre estas casas como consecuencia de las transacciones comerciales que se realizaban también a crédito. El otro tipo de financiamiento no se realizaba únicamente con los comerciantes sino con diversos particulares y consistía en préstamos a corto o mediano plazo, mediante el cobro de una determinada tasa de interés y bajo la seguridad de alguna garantía hipotecaria.

La adquisición de fincas

Siguiendo esta práctica y, en forma paralela a su actividad mercantil, Iturbe comienza a otorgar pequeños préstamos a particulares casi desde

¹⁴ La información sobre la disolución de la compañía se encuentra en los agregados de la escritura citada en la nota 11.

su llegada a la ciudad de México.¹⁵ El interés que se señala en estos primeros contratos es generalmente del 2% mensual y en algunos casos el monto acumulado por diversos préstamos concedidos a un solo individuo llega a sumar cantidades importantes. Además, detrás del otorgamiento de algunos de estos créditos se ve el intento deliberado del prestamista por quedarse con las propiedades hipotecadas por el deudor.¹⁶

Si analizamos la información contenida en el anexo 1 acerca de las fincas urbanas adquiridas por Iturbe, podremos darnos cuenta de que varias de ellas le son adjudicadas en pago de algún préstamo. También se puede observar que en muchos casos las fincas que adquiere tienen adeudos anteriores con alguna institución eclesiástica, así que al momento de comprarlas él sólo tiene que pagar una parte de su valor al vendedor y el resto se lo sigue reconociendo a la Iglesia para pagárselo a plazos, que generalmente oscilan entre los 5 y los 9 años, aunque en varias ocasiones el adeudo se termina de pagar tiempo después de haberse vencido el plazo.

De esta manera Iturbe va adquiriendo varias fincas sin necesidad de cubrir el precio total en ese momento, sino con plazos bastante amplios y a una tasa de interés realmente baja, del 6% anual. Estas condiciones tan favorables para redimir un préstamo sólo las otorga la Iglesia, pues en el caso de querer comprar a crédito una propiedad a un particular, los réditos serían mucho más altos y la adquisición de fincas ya no resultaría una inversión redituable.

En los casos en que se señala que el valor de la casa ya había sido pagado antes de firmarse la escritura, no podemos saber en qué condiciones se realizó la compra, aunque lo más probable es que haya sido a un precio menor o que el vendedor tuviera algún tipo de adeudo con

¹⁵ Un análisis más minucioso sobre la actividad de Iturbe y de otras cinco firmas comerciales importantes de la ciudad de México en relación con los préstamos a particulares se encuentra en (Meyer 1999b), por lo que en este artículo no profundizaré en dicho aspecto.

¹⁶ Uno de los ejemplos más claros en este sentido lo constituyen los préstamos otorgados a Félix Guerrero que se encuentran consignados en diversas escrituras localizadas en el AGNCM ante el notario Ramón de la Cueva. La primera es un convenio de 13 de diciembre de 1836, fols. 327v-328v, la siguiente es una venta de 22 de junio de 1838, fols. 230v-237v, y después dos adjudicaciones de 13 de abril y 18 de noviembre de 1840, fols. 271v-272r y 857v-862v, respectivamente.

Iturbe, pues no todos los préstamos se registraban en los protocolos notariales, sino que algunas veces se efectuaban mediante convenios particulares o con la intervención de un agente de negocios.

En lo que respecta a la adquisición de fincas rurales (anexo 2), Iturbe empieza a incursionar en este campo también mediante el mecanismo de la adjudicación por adeudos. En el caso de Francisco Fagoaga, por ejemplo, la deuda que tenía con Iturbe no era tan importante, pero éste aprovecha la situación y compra a otros acreedores sus créditos al 65% de su valor.¹⁷ De esta manera adquiere haciendas muy valiosas por un precio mucho menor y comienza a incursionar en el campo de las actividades agrícolas. Tanto éstas como las demás haciendas y ranchos que adquiere después, se encuentran localizadas en distritos famosos por su producción de pulque, artículo de gran demanda en el mercado urbano, así que su producción y comercialización fue una más de las actividades que emprendió este empresario.

Uno de los rasgos más característicos de Iturbe es esta predilección especial por la adquisición de bienes inmuebles, la cual es compartida después por sus herederos y en el inventario general de sus bienes se puede apreciar que este rubro constituye un porcentaje muy alto del total de sus inversiones. Además de que se convierte en uno de los principales propietarios de fincas urbanas en la ciudad de México (Moraes 1995: 193-201).

La minería

La minería es otro sector en el que empieza a incursionar gracias a sus actividades financieras y su participación más importante en este campo tiene lugar en la Compañía Zacatecano-Mexicana del Fresnillo, a la que ingresa en 1837 gracias a las acciones que recibe como pago de un adeudo.¹⁸ Esta compañía estaba integrada por un grupo numeroso de empresarios, que en 1835 había decidido celebrar con el gobierno central un contrato de arrendamiento para explotar las minas del Fresnillo,

¹⁷ AGNCM, notario Francisco Madariaga, 3 de abril de 1844, fols. 353v-372r.

¹⁸ AGNCM, notario Ramón de la Cueva, 26 de julio de 1837, fols. 265v-267r.

las cuales, debido a la enorme productividad que habían logrado en los últimos años, se habían convertido en las más importantes del país.¹⁹

Iturbe ingresa a esta compañía cuando la negociación se encuentra en auge y aunque al principio tiene algunos problemas sobre los pagos que debe hacer como accionista, al año siguiente lo encontramos como integrante de la nueva junta menor directiva, que era la encargada de la administración y supervisión del funcionamiento de la compañía.²⁰ Siguiendo su costumbre de ponerse al frente de los negocios en que participa, desempeña este cargo durante el resto de su vida, con una sola interrupción de tres años.²¹

No obstante que a partir de 1849 la negociación comienza a enfrentar serios problemas debido a la disminución de la producción y al aumento de los costos por la escasez y encarecimiento de los insumos, las utilidades que produjo por casi quince años fueron verdaderamente notables²² y debieron contribuir en gran medida al éxito económico de Iturbe, pues le permitieron contar con una gran cantidad de dinero en efectivo que invirtió en sus demás actividades, principalmente en operaciones especulativas con el gobierno, en el otorgamiento de préstamos a los particulares y en la adquisición de nuevas propiedades. Cuando las minas del Fresnillo dejaron de proporcionarle ganancias, esta situación se vio compensada en gran medida por su participación en la compañía minera de Quebradilla –también en el distrito minero de Zacatecas y

¹⁹ Sobre esta compañía pueden consultarse: Cross (1976: 224-235), Velasco et al. (1988: 212-217) y Walker (1991: 160).

²⁰ AGNCM, notario Miguel Díez de Bonilla, 8 de mayo de 1838, fols. 8r-8v.

²¹ En el periodo de 1848 a 1850 se registran algunos conflictos al interior del grupo de accionistas y una nueva junta menor directiva se hace cargo de la negociación, pero después llegan a un acuerdo con la anterior y ésta vuelve a asumir sus funciones. Aunque no se señalan los motivos del conflicto, suponemos que se trataba de acotar el poder de los socios antiguos, pues para este momento el gobierno ha vendido la mitad de las minas a la compañía arrendataria y la otra mitad a un grupo de acreedores que pertenecían a la antigua Compañía del Tabaco. En cada uno de estos grupos estaban alineados algunos de los empresarios y especuladores más importantes de la época.

²² Existen algunas discrepancias en cuanto al cálculo de las utilidades, pues mientras Cross (1976: 233) señala que éstas debieron oscilar entre el 25 y el 28% anual, Walker (1991: 160), basado en los reportes de algunos de los accionistas, señala que éstas produjeron entre el 24 y el 36% anual.

estrechamente vinculada con la compañía del Fresno— que desde mediados de la década de los años cincuenta proporcionó enormes ganancias a sus accionistas durante un periodo de, por lo menos, quince años (Cross 1976: 240-248).

Finalmente debemos señalar su participación en una de las compañías mineras más productivas del país en ese momento, la empresa de Real del Monte, a la que Iturbe ingresa en 1853 y aunque su inversión es modesta comparada con la de sus socios principales, Manuel Escandón y Juan Antonio Béistegui, para 1860 ya aparece junto a ellos como integrante de la junta menor directiva de la negociación.²³

La deuda pública

Como ya habíamos señalado anteriormente, fue esta disposición de capital en efectivo la que le permitió entrar en uno de los negocios más lucrativos de cuantos podían emprenderse en esos momentos en el país: las especulaciones con la deuda pública. Los enormes problemas financieros que tuvo que afrontar la nación desde los inicios de su vida independiente obedecieron a diversas causas, entre las que podemos señalar la desorganización de la hacienda pública, la disminución o desaparición de varios de los ramos de donde provenían los ingresos del gobierno novohispano y el aumento del gasto público ocasionado por la guerra y por los continuos disturbios políticos que se sucedieron a lo largo de casi todo el siglo XIX. Ante esta situación, el gobierno se encontró muy pronto frente a la tarea inaplazable de buscar recursos para hacer frente a los gastos administrativos más urgentes.

Para emprender las reformas hacendarias que hubieran podido dar una cierta estabilidad a las finanzas públicas, se requería de un gobierno fuerte y estable, que pudiera hacerse obedecer y permaneciera en el poder el tiempo suficiente para implementar los cambios necesarios. Desde luego, nada de esto era posible en el convulsionado panorama nacional y la debilidad de los distintos gobiernos que se fueron haciendo

²³ AGNCM, notario Ramón de la Cueva, 25 de septiembre de 1860, fols. 482r-483v.

cargo de la administración los obligó a recurrir al crédito, en un intento por solucionar los problemas más inmediatos.

De esta manera, el recurso más natural fue acudir a quienes tenían mayor disponibilidad de dinero en efectivo: los comerciantes, ofreciéndoles diversas concesiones y privilegios a cambio de su ayuda. Naturalmente las grandes firmas mercantiles aprovecharon esta oportunidad y mediante el otorgamiento de préstamos comenzaron a involucrarse en los llamados 'negocios' con el gobierno.

Siendo los ingresos aduanales la fuente principal de recursos de la hacienda pública, fue en este sector donde los comerciantes comenzaron a intervenir, negociando con el gobierno préstamos o 'adelantos', que debían ser pagados con los futuros ingresos aduanales. La ganancia en estas transacciones consistía en que una parte del préstamo se otorgaba en efectivo y otra en los llamados 'papeles de la deuda pública', que eran los que respaldaban todas las obligaciones que el gobierno había reconocido como deuda interna. Estos papeles se conseguían en el mercado a precios que fluctuaban entre el 5 y el 50% de su valor nominal, dependiendo de la clase a la que pertenecieran.

El hecho de que el gobierno negociara sus préstamos aceptando determinada proporción de estos créditos a su valor nominal marcó el inicio de una fuerte especulación con este tipo de papeles, pues una parte de la ganancia obtenida por las casas contratistas dependía de la proporción de papeles que se establecieran en los contratos y del precio al que se adquirieran en el mercado, mientras que la otra estaba determinada por la tasa de interés que se impusiera en cada caso. La mayoría de las firmas mercantiles, tanto nacionales como extranjeras, participaban en este tipo de operaciones y la necesidad de recursos del gobierno en turno imponía las condiciones más o menos ventajosas en que se realizaban.

Desafortunadamente, no son muchas las fuentes con que contamos para reconstruir la participación que los distintos empresarios tuvieron en estos negocios, pues muy pocas veces se protocolizaban ante un notario, así que es en las *Memorias de Hacienda* y en la diversa folletería de la época donde se encuentran algunas referencias que, además de escasas, en ocasiones son poco confiables debido al interés que tenían ambas partes contratantes en que no se conocieran las condiciones —a veces realmente escandalosas— en que se pactaban los préstamos.

Por esta razón no es posible entrar en una descripción detallada de las operaciones de esta naturaleza que tenemos consignadas, pues necesariamente resultaría incompleta y en algunos momentos bastante confusa. Sólo describiremos, a manera de ejemplo, uno de estos convenios. En 1839 el país atravesaba por una época realmente difícil para las finanzas públicas, debido al bloqueo impuesto por los franceses desde el año anterior sobre los principales puertos de entrada de los productos de importación, lo que disminuía considerablemente los ingresos aduanales, mientras los gastos de la guerra y de la indemnización que se tenía que dar a varios súbditos franceses aumentaban las necesidades del gobierno, así que los prestamistas aprovecharon la ocasión para imponer condiciones verdaderamente usureras a sus contratos.

En el caso de Iturbe encontramos un contrato, celebrado el 7 de marzo de 1839, en el que tres importantes casas comerciales –Lorenzo Carrera, Muriel Hnos. y Manuel Martínez del Campo– se constituyen en fiadores de una firma denominada Osollo y Cía., que debe entregar a la Tesorería de la nación 140.000 pesos en créditos, en virtud de un convenio celebrado con el gobierno, por el cual ya había proporcionado en efectivo la cantidad de 22.150 pesos y posteriormente debería entregar 140.000 pesos en créditos. A cambio de estas cantidades que ascendían a un total de 162.150 pesos, el gobierno debía aceptar la suma de 120.150 pesos en letras que vinieran giradas a cargo de Francisco María Iturbe o de las casas que él mismo designara, sobre determinadas cuotas de derechos de importación y los 42.000 pesos restantes se pagarían con los derechos del 3½% de exportación de moneda, sobre los caudales que debían salir para ser exportados por el mismo Iturbe. Si en un plazo de seis meses no se habían pagado los 162.150 pesos, se cobraría un rédito del 1% mensual sobre la cantidad que se adeudara.²⁴

Como podemos observar, la proporción de créditos introducida en este contrato es de 86,33%, mientras que el efectivo sólo asciende al 13,67%. Si calculamos que, de acuerdo con diversos testimonios de la época, este tipo de créditos se adquiría normalmente a un 10% de su valor nominal, su costo sería de 14.000 pesos, que sumados a los 22.150 que se habían dado en efectivo, daría como resultado un desembolso

²⁴ AGNCM, notario José Jiménez de Velasco, 7 de marzo de 1839, s. n.

real de 36.150 pesos, a cambio de 162.150 pesos que podrían introducirse como pago de derechos sobre los productos que se quisieran importar y sobre el dinero que se fuera a exportar, lo que le daría una ganancia de 448,54% en un solo negocio. Desde luego éste es un caso extremo, en el que las condiciones seguramente fueron pactadas a sabiendas de que no iba a ser posible cumplirlas totalmente, pero nos da una idea del tipo de contratos que podía lograr un grupo de agiotistas cuando la urgencia por obtener dinero era muy grande y el gobierno no podía encontrar otras fuentes de financiamiento.

Existen varios testimonios de los créditos que proporciona Iturbe a diversos ministros de Hacienda, pero en estos casos el interés, cuando se señala, oscila entre el 6 y el 12% anual, y en otras ocasiones se especifica que el préstamo había sido hecho sin ningún tipo de interés y sólo por ayudar al gobierno a salir de alguna situación crítica en que se encontrara (Payno 1851: 53).

Debemos aclarar que dentro de los créditos que poseía Iturbe contra el gobierno, no todos tenían su origen en préstamos otorgados por él, sino que poseía una gran cantidad de papeles de la deuda pública que había adquirido a muy bajo precio, comprándolos a otros prestamistas o a sus dueños originales. De cualquier manera, para mediados de la década de los años cuarenta, Iturbe tenía en su poder una cantidad importante de créditos contra el erario que había ido acumulando a través de diversos mecanismos.

Las finanzas nacionales

Fueron sus intereses como acreedor del gobierno los que lo llevaron a aceptar el ministerio de Hacienda durante la administración del general Mariano Paredes. Ocupó este cargo del 2 de mayo al 28 de julio de 1846 (Riva Palacio et al. 1972, IV: 1569), periodo en el que comenzaron las hostilidades y la invasión del país por parte del ejército norteamericano. En esos momentos, la necesidad de recursos para organizar la defensa del territorio nacional era realmente apremiante y la primer medida que dictó Iturbe, el mismo día en que asumió el cargo, fue una suspensión general de pagos de todos los créditos existentes contra el erario. Parecería una incongruencia que fuera precisamente un prestamista quien

pusiera en práctica esta medida, sobre todo tomando en cuenta que en ese momento Iturbe era, junto con Manuel Escandón y Juan Rondero, uno de los tres apoderados de los acreedores del fondo donde se encontraban concentrados la mayoría de los créditos que constituían la deuda interna (Rodríguez 1845: doc. 45) y se decía que para esa época él poseía más de 700.000 pesos en bonos de ese fondo.²⁵

Pero la explicación a su conducta no resulta tan difícil de comprender si tomamos en cuenta que detrás de la suspensión se encontraba un proyecto de reorganización de la deuda pública, medida que resultaba ya indispensable debido a la oposición manifestada por Iturbe y muchos otros acreedores nacionales contra las prerrogativas especiales, concedidas a los acreedores extranjeros sobre los nacionales, en lo relativo al pago de préstamos que tenían el mismo origen: negocios de un particular con el gobierno, y que por lo tanto debían ser considerados como deuda interna, con las mismas características que los créditos que poseían los acreedores nacionales y no como deuda extranjera y privilegiada.

El ministro inglés, Charles Bankhead, protestó enérgicamente contra la suspensión y el gobierno se vio obligado a restablecer el pago de los dividendos de esos fondos 'extranjeros',²⁶ pues el país no estaba en posición de enfrentar nuevos conflictos internacionales, y menos aún con la Gran Bretaña, de quien se esperaba recibir apoyo en contra de los Estados Unidos.

Finalmente se aprobó un decreto,²⁷ que fue el primer intento por reorganizar la deuda pública del país. Sin embargo, nunca pudo ponerse en práctica, pues el gobierno del general Paredes cayó, víctima de su propia debilidad, y con él salió Iturbe del ministerio y sus proyectos hacendarios tuvieron que esperar a la llegada de Manuel Payno al ministerio, para que fueran puestos en práctica, aunque con resultados bastante limitados.

²⁵ ACMRF, carta de José Pablo Martínez del Río a Gregorio José Martínez del Río, México, 14 de mayo de 1846.

²⁶ ACMRF, carta de José Pablo Martínez del Río a Gregorio José Martínez del Río, México, 25 de junio de 1846.

²⁷ Decreto de 10 de julio de 1846, que establece un fondo general para el pago de réditos y amortización de la deuda pública. En Dublán/Lozano (1876, V: 136-140).

Ante la imposibilidad de lograr que el gobierno cumpliera sus compromisos, y los acreedores recibieran con regularidad las cuotas que les habían sido asignadas para el pago de sus créditos, tanto Iturbe como algunos otros prestamistas nacionales importantes,²⁸ deciden no seguir invirtiendo en negocios relacionados con la deuda pública y orientan sus préstamos hacia el sector privado. Esta tendencia resulta evidente si comparamos el monto y número de préstamos que otorgó a los particulares entre 1830 y 1859. Mientras que en la década de los años treinta sólo tenemos registrados tres préstamos por un monto total de 39.760 pesos, para el decenio siguiente la cantidad de préstamos asciende a seis y la suma total de éstos es de 380.639 pesos. En cambio, de 1850 a 1859 otorga diez y ocho préstamos que ascienden a un total de 2.613.709 pesos.²⁹ Es evidente que para esta época el gobierno ya no representa una buena opción para invertir el dinero destinado a las actividades financieras, así que es hacia el sector particular donde se dirigen los esfuerzos, tanto de Iturbe como de otros comerciantes que tenían una cierta predilección por el otorgamiento de préstamos.

Conclusión

En este sentido, podemos concluir señalando que las crisis financieras, que durante las primeras décadas de vida independiente habían permitido a los prestamistas obtener enormes ganancias y tener acceso a diversas actividades económicas, a través de sus vínculos con el Estado, se fueron agravando con el tiempo y no sólo dejaron de ser favorables para sus intereses, sino que llegó el momento en que representaron un serio peligro para los empresarios más acaudalados, como es el caso de Francisco Iturbe, pues el agravamiento de las convulsiones políticas aumentó cada vez más las necesidades financieras y al no poder conse-

²⁸ Para 1850 Iturbe poseía un total de 870.000 pesos en créditos de la deuda interior; *El Monitor Republicano*, 13 de diciembre de 1850, p. 1.

²⁹ Esta información se encuentra contenida en un cuadro que consigna los préstamos a particulares realizados por seis importantes casas comerciales de la ciudad de México, en un periodo que abarca los cincuenta años transcurridos de 1826 a 1876. En Meyer (1999b: 254, cuadro 9).

guir el capital que antes muchos estaban dispuestos a proporcionarle, el gobierno se vio obligado a recurrir con mayor frecuencia a impuestos extraordinarios, préstamos forzosos, confiscaciones y otro tipo de medidas coercitivas para obtener recursos. Incluso se llegó al extremo de poner en prisión a varios de los empresarios importantes, antes intocables y todopoderosos, que se negaban a pagar las cuotas que se les imponían como préstamos forzosos. Entre estos empresarios está Iturbe, quien junto con Gregorio Mier y Terán son hechos prisioneros por el gobierno de Benito Juárez. El caso de Iturbe es bastante dramático, pues para ese momento se encontraba ya gravemente enfermo y fue sacado de su cama para conducirlo a la cárcel.³⁰ Murió a los pocos días y los periódicos le dedicaron algunas notas donde se elogiaba “el espíritu de empresa que lo dominaba” y las obras de beneficencia que había llevado a cabo. Murió dejando a sus hijos aún pequeños; pero su esposa, Cipriana Villar, respetó su deseo de que el capital permaneciera unido hasta que todos fueran mayores de edad y fue así como, entre ella y su administrador, siguieron invirtiendo en el mismo tipo de negocios, aunque la situación política había variado mucho. Para el momento en que deciden disolver la compañía C. V. de Iturbe e Hijos, en el año de 1873,³¹ el capital líquido de la misma asciende a 4.299.346,17 pesos, toda una fortuna que había tenido su origen en una casa de comercio en Pátzcuaro.

³⁰ Carta de Alphonse Dubois de Saligny, ministro plenipotenciario de Francia en México, 29 de junio de 1861. En Díaz (1965, II: 258-259).

³¹ Inventario y partición de bienes de Francisco, Manuel y Felipe Iturbe y Villar, AGNCM, notario Fermín González de Cosío, 9 de junio de 1873, fols. 607r-647r.

Anexo 1: Fincas urbanas adquiridas por Francisco Iturbe

Fecha de adquisición	Ubicación	Vendedor	Precio (pesos)	Condiciones	Agregados	Valor en 1872 (pesos)
22-VI-1838	Casas 1 y 3 del Portal de las Flores	Félix Guerrero	29.800	Adjudicación por préstamo.	Ambas casas las vendió ese mismo año.	
13-IV-1840	Casa n° 12 de la calle de San Bernardo	Félix Guerrero	32.200	Adjudicación por créditos comprados contra la finca.	Créditos a favor de la Iglesia que pagó 9 años después.	37.962,64
6-XI-1841	Casa n° 10 de la calle de Cartagena (Tacubaya)	José María Guerrero	6.000	Se paga al firmarse la escritura.	Después compró 3 cuartos más que agregó a la finca.	21.307,39
22-II-1843	Casa n° 3 de la 2ª calle de Plateras	Mariano Sáenz de Villela	26.000	Ya se había pagado al firmarse la escritura.		34.014,14
12-VIII-1843	Casa n° 4 de la calle del Factor	Isabel Rendón	8.000	Paga \$ 6.000 a la vendedora y el resto se debe a la Iglesia.	En 1853 ya pagó a la Iglesia y compró 3 cuartos más.	20.442,55
18-XI-1843	Casa n° 8 del Portillo de San Diego	Antonio Vallejo	30.000	Paga \$ 6.395 al vendedor y el resto se debe a la Iglesia.	En 1845 termina de pagar a la Iglesia.	33.336,95
16-I-1844	Casa n° 11 de la calle de San Bernardo	Ignacio Lizarriturri	32.000	Paga \$ 16.000 al vendedor y el resto se debe a la Iglesia.	En 1847 termina de pagar a la Iglesia.	34.765,69
7-III-1844	Casa n° 10 de la calle de la Palma	Gral. Luis G. Vieyra	29.000	Paga \$ 19.000 al vendedor y el resto se debe a la Iglesia.	Se paga a la Iglesia en 1852 y en 1861.	30.205,50

Fecha de adquisición	Ubicación	Vendedor	Precio (pesos)	Condiciones	Agregados	Valor en 1872 (pesos)
22-VIII-1844	Casa n° 11 de la 4ª calle del Relox	Juan Garduño	7.000	Ya se había pagado al firmarse la escritura.	En el inventario aparece como la casa N° 27 de la calle de Cocheros.	8.321,62
21-XII-1844	Casa n° 13 de la calle de San Bernardo			Se adjudicó a su esposa Cipriana Villar como parte de su herencia materna.		67.136,64
21-XII-1844	Casa n° 9 de la calle del Refugio			Se adjudicó a su esposa Cipriana Villar como parte de su herencia materna.		25.567,19
27-XI-1846	Casa n° 1 de la 2ª calle de Plateros	José María Ortiz	n. d.	n. d.		32.520,06
3-V-1848	Casas n° 1 y 2 de la calle de San José el Real	Convento de Santa Catalina de Sena	10.000	Adjudicación en pago de un préstamo hecho al gobierno en 1846.	El préstamo estaba garantizado con bienes de la Iglesia.	25.224,54
3-V-1848	Casa n° 12 de calle del Puente Quebrado	Convento de San Bernardino	16.400	Adjudicación en pago de un préstamo hecho al gobierno en 1846.	En junio de 1848 la vende a Joaquín Lledias en \$ 14.000.	
12-VI-1848	Casa n° 1 del Portal de Mercaderes	Congregación de San Felipe Neri	14.000	Adjudicación en pago de un préstamo hecho al gobierno en 1846.	El préstamo estaba garantizado con bienes de la Iglesia.	20.279,73
1-VII-1854	Casa n° 8 de la calle de San Pedro y San Pablo	Pedro Riveroll	6.000	Ya se había pagado al firmarse la escritura.		5.748,70

Fecha de adquisición	Ubicación	Vendedor	Precio (pesos)	Condiciones	Agregados	Valor en 1872 (pesos)
7-XI-1857	Casa n° 8 de la calle de la Monterilla	Juan de Jorge Candás	25.000	Ya se había pagado al firmarse la escritura.	En 1859 compró un local comercial en la planta baja de esta casa.	31.449,47
30-XI-1857	Casa n° 1 del Callejón de Tabaqueros	Fernando Pontones	20.000	Ya se había pagado al firmarse la escritura.		23.931,63
22-IX-1858	Casa n° 3 del Callejón de la Callejuela	María de Jesús Villar	7.000	Ya se habían pagado al firmarse la escritura.		7.344,30
29-X-1860	El Potrero del Paseo Nuevo	Jorge Pérez Gálvez	n. d.	n. d.		15.364,29

Fuentes: AGNCM, la mayoría de las fincas se encuentran registradas en la escritura de División de Bienes, 9 de junio de 1873, ante el notario Fermín González de Cosío, fols. 607-647.

Anexo 2: Fincas Rurales adquiridas por Francisco Iturbe

Fecha de adquisición	Nombre de la propiedad	Vendedor	Precio	Condiciones	Agregados	Valor en 1872 (pesos)
3-IV-1844	Hacienda de Caltengo, Rancho de la Alberca y casas de San Juan del Río. Hacienda de la Cañada, Ranchos de Toqui, Atongo y Descani. Hacienda de Nuestra Señora de la Soledad conocida como 'El Ocote'	Francisco Fagoaga	47.189 p 2 r 76.956 p ½ r 39.325 p 7 r	Los acreedores de Fagoaga intentaron desde 1841 vender sus bienes y llegan a un acuerdo con Iturbe, quien les compra los créditos al 65% de su valor y por ellos más los que él poseía contra Fagoaga, se le adjudican las propiedades en pago. Los créditos los paga en un año, sin intereses.	Después se compraron los ranchos de Tandejé, Divisadero, Presa y un pedazo de tierra denominado 'Juan Te', todo lo cual fue agregado a las propiedades anteriores (todos ubicados en Tula, menos el Rancho de Atongo que está en Jilotepec).	170.000
22-XII-1853	Haciendas de San Servando Tlahuelilpa, Teocalco y Santa Bárbara	José Gómez de la Cortina	260.000 p	Pagó de contado \$ 112.000 y el resto a crédito por 3 años con el rédito de 6% anual.	Después compró varios terrenos que agregó a la propiedad (ubicación: Tula, Dpto. de México).	300.000
18-I-1854	Haciendas de San Nicolás Ulapa y San Antonio Atomilco	María de Jesús Gómez de la Cortina	185.000 p	Se debía pagar en un plazo de 9 años, con el rédito de 6% anual, pero para 1857 ya se terminó de pagar.	Después compró otros terrenos que agregó a la propiedad (ubicación: Tula, Dpto. de México).	200.000

Fuente: AGNCM, notario Fermín González de Cosío, 9 de junio de 1873, fols. 607-647.

Bibliografía

- Arrillaga, José Basilio (1836): *Recopilación de leyes, decretos y bandos [...] de los supremos poderes y otras autoridades de la República Mexicana*. México.
- Brading, David (1994): *Una Iglesia asediada: el obispado de Michoacán, 1749-1810*. México.
- Cardoso Galié, Germán (1973): *Michoacán en el Siglo de las Luces*. México.
- Chowning, Margaret A. (Ms. 1985): *A Mexican Provincial Elite: Michoacan, 1810-1910*. Stanford (tesis de doctorado, Universidad de Stanford).
- (1990): "The Management of Church Wealth in Michoacan, Mexico, 1810-1856: Economic Motivations and Political Implications". En: *JLAS* 22,3: 459-496.
- Cross, Henry E. (Ms. 1976): *The Mining Economy of Zacatecas, Mexico in the Nineteenth Century*. Berkeley (tesis de doctorado, Universidad de California).
- Díaz, Lilia (1965): *Versión francesa de México. Informes Diplomáticos*. 4 vols., México.
- Dublán, Manuel/Lozano, José María (1876): *Legislación Mexicana*. 29 vols., México.
- Flores Caballero, Romeo (1969): *La contrarrevolución en la independencia. Los españoles en la vida política, social y económica de México (1804-1838)*. México.
- Gonzalbo, Pilar/Rabel, Cecilia (comps.) (1994): *La familia en el mundo iberoamericano*. México.
- Ibarrola, Gabriel (1969): *Familias y casas de la vieja Valladolid*. Morelia, Mich.
- Juárez Nieto, Carlos (1989): "Un empresario colonial en Valladolid. El caso de Isidro Huarte 1780-1824". En: *Historias* 22: 63-75, México.
- Kicza, John (1986): *Empresarios coloniales. Familias y negocios en la ciudad de México durante los Borbones*. México.
- (1994): "La familia Iturbe e Iraeta en la época de la independencia mexicana". En: Gonzalbo/Rabel (1994: 417-440).
- Martínez, María del Pilar (coord.) (1995): *Iglesia, estado y economía. Siglos XVI al XIX*. México.
- Meyer, Rosa María (1994): "Empresarios españoles después de la independencia". En: Rojas (1994: 218-255).
- (coord.) (1999a): *Identidad y prácticas de los grupos de poder en México. Siglos XVII-XIX*. México.

- (1999b): “Los empresarios y el crédito en el México independiente”. En: Meyer (1999a: 227-256).
- Morales, Dolores (1995): “La desamortización y su influencia en la estructura de la propiedad. Ciudad de México, 1848-1864”. En: Martínez (1995: 179-204).
- Ortiz, Juan (1996): “Las élites de las capitales novohispanas”. En: *HM* 182: 325-357.
- Payno, Manuel (1851): *Reseña sobre el estado de los principales ramos de la Hacienda Pública*. México.
- Riva Palacio, Vicente, et al. (1972): *México a través de los siglos*. 5 vols., México.
- Rodríguez de San Miguel, Juan (1845): *La República Mexicana en 1846*. México.
- Rojas, Beatriz (coord.) (1994): *El poder y el dinero. Grupos y regiones mexicanos en el siglo XIX*. México.
- Silva Riquer, Jorge (1994): “Regionalización del mercado comercial de Michoacán, 1777-1821”. En: *Relaciones* 58: 133-165, Zamora, Mich.
- Sims, Harold D. (1974): *La expulsión de los españoles de México (1821-1828)*. México.
- (1982): *Descolonización de México. El conflicto entre mexicanos y españoles (1821-1831)*. México.
- Torales, Cristina (1996): “Suegro comerciante, yerno financiero: Gabriel de Iturbe y su empresa mercantil en Nueva España, 1797-1812”. En: *IAA* 22,1-2: 73-102.
- Unzueta, Juan Antonio (1833): *Informe presentado al Exmo. Sr. Presidente de los Estados Unidos Mexicanos por el contador mayor jefe de la oficina de rezagos*. México.
- Velasco, Cuauhtémoc, et al. (1988): *Estado y minería en México (1767-1910)*. México.
- Walker, David W. (1991): *Parentesco, negocios y política. La familia Martínez del Río en México, 1823-1867*. México.